

Escribir esta historia quizá me sirva para acabar de raspar los costurones del alma, aunque los de las muñecas queden para siempre como testigos de las veces que estuve al borde del abismo y de las que salté al vacío. Es este el último eslabón de la cadena de acontecimientos que me han revelado quién soy en realidad, tras dejarme guiar por impulsos durante toda mi vida, por vientos que un día soplaban de levante y otros de poniente, de quedarme derruida en mitad de la calma.

Escribir es también lo que hace una periodista. Dar la noticia aunque resulte incómoda, y esta para mí lo es: descubrir que el asesino del general Juan Prim y Prats fue uno de mis antepasados no es plato de buen gusto; sin embargo, poco profesional sería yo si lo mantuviera en secreto. Creo que es este un asunto de interés general, aunque estoy convencida de que no caerá bien entre los doctos historiadores saber que no fueron conjuras políticas las que acabaron con la vida del presidente del Consejo de Ministros del Gobierno de España en una fría noche de diciembre de 1870 en la calle del Turco.

Si, además, revelo cómo se fue gestando ese remedio casi milagroso que puede poner el mundo patas arriba y hundir a las grandes corporaciones farmacéuticas no es por atribuirme mérito alguno, sino por rendir homenaje y honor a quien, a costa de su vida o de su felicidad, lo ha custodia-

do, voluntariamente o no, hasta llegar a mis manos.

Lo que me resulta difícil es acertar con el comienzo de esta historia, pues tiene demasiadas aristas que dan lugar a demasiados lados. ¿Tal vez por el caos que puede desatarse en el mundo con el Remedio de Dios? ¿Quizá por el origen de la incansable Brigada Montejo? ¿Por la desaparición de mis padres en el mar, tal vez asesinados? ¿Acaso por mi tras-tatarabuelo y sus desgraciadas peripecias con el último lobo del Levante peninsular? ¿Por la conferencia de la doctora Aguirre sobre herencia transgeneracional? ¿Por mí?

1

Comenzaré por mí.

Y ese inicio lo situaré en Madrid, a mediados de mayo. Treinta años recién cumplidos. Estoy de pie, esperando el amanecer tras el ventanal que da al balcón del ático que me sirve de refugio aquí en el barrio de Argüelles, en la casa de Felipe, profesor de Filosofía en la Universidad Complutense; el que duerme plácidamente en la cama de la que hace veinte minutos me he levantado húmeda de sudor, no porque la madrugada sea cálida, pues en mayo refresca todavía, sino porque las pesadillas han vuelto a acosarme con la cobardía e insistencia de un maltratador. Apenas recuerdo detalles tras despertarme, fognazos aislados carentes de significado para mí: caras de espanto que no reconozco, sangre que me salpica, gritos que me llaman, lamentos que me requieren.

El vaso de tequila que llevo en la mano ya lo he vaciado por dos veces en este amanecer que anuncia un día tan viejo como el de ayer, y como el de anteayer, y como tantos otros. Vuelvo a llenarlo mientras el primer rayo de sol comienza a entibiar mi cuerpo desnudo y frío, como el de una muerta, espejo de un alma que quizá también esté muerta ya.

Oigo a mi espalda removerse a Felipe. Este hombre es un bendito, o el mayor tonto del mundo. Lo conocí hace ocho años en una fiesta universitaria. Sobresalía un palmo

sobre los demás, caminaba con la elegancia de un bailarín y parecía salido de una sesión de rayos ultravioleta: un bombón guapo como él solo; tardé menos de una hora en llevarlo a un rincón y disfrutarlo, iba pasado de alcohol y me aproveché de ello; yo ya tenía sobrada experiencia con la bebida y aguantaba lo mío, y la rayita que añadí me elevó a los altares de la desinhibición y el goce, aunque no la necesitara. Salimos durante seis meses como una pareja de novios cualquiera, aunque yo no era cualquiera, al menos en esos menesteres. Fue una época en la que conseguí sentirme bien, estaba alegre, hacíamos planes; a veces no reconocía en mí a la chica alocada, temeraria, irreverente, depresiva y desordenada que solía ser. Y todo era obra de Felipe, un chico tierno, comprensivo, detallista, siempre pendiente de mí pero sin agobiarme, que me valoraba cada cosa que hacía y me subía la autoestima a las alturas. Fui feliz con él, como lo he sido las otras veces, ya no recuerdo cuántas, que he vuelto a su lado. Tengo claro que el problema es mío. Al cabo de aquellos seis meses, un buen día, nada más despertar tras una noche traviesa en la que las cosas no salieron bien, es lo que tiene pasarse con el alcohol, le grité que cogiera sus cosas y se fuera de mi piso. «¡Me he cansado de ti!», le dije con voz pastosa cuando quiso saber el porqué. Sé que le destrocé el corazón, él estaba muy enamorado de mí. Y lo sigue estando, si no, no se entiende cómo vuelve a abrimme la puerta cada vez que vengo en su busca; yo me voy y yo vuelvo, nunca cuando él me lo ha pedido. Hace una semana fue la última vez que lo hice. Lo esperé sentada en el rellano de la escalera de su ático. Al

verme se quedó sorprendido, como cada vez que vuelvo a aparecer en su vida.

—Si tú me metes en tu casa, yo me meto en tu cama —dije sin darle tiempo a reaccionar.

—Y qué burra sigues siendo —me espetó, reconozco que con razón.

A través de los cristales veo cómo despierta la calle y va cobrando vida. Hombres y mujeres que salen de casa para encaminarse al trabajo, al mercado, a caminar o correr por el Parque del Oeste; cada cual con sus esperanzas y decepciones, con sus anhelos y sus rutinas, con el sueño pegado a los párpados y el café todavía en la garganta. Como yo hice durante el último año, en el que disfruté de un periodo de cierta tranquilidad; conocí a Esther, nos enamoramos, incluso dejé la bebida. Hasta que hace cuatro meses le realicé aquella maldita entrevista a una investigadora despedida del laboratorio de una multinacional farmacéutica. Una puta entrevista que bien me podría haber valido un Pulitzer y que, en cambio, me costó el despido del periódico para el que trabajaba.

—No podemos publicar esto, Dolores —dijo mi jefe—. Es muy bueno, sí, pero no nos autorizan.

—¿Quiénes?! —rugí.

—Quiénes van a ser... los que sostienen este periódico.

—¿Por qué, Marcelo?

—No seas ingenua, muchacha. El capital está hoy interconectado y no consiente que nadie ponga en entredicho sus negocios.

—Pero son las declaraciones de una persona muy sol-

vente, que sabe de qué habla porque ha trabajado para multinacionales del medicamento.

—Y yo creo en lo que dice. Precisamente por los visos de verdad que contienen sus palabras no nos dejan publicarlo.

—La gente de la calle tiene derecho a saber cómo juegan con su salud, tiene derecho a saber que crean medicamentos para que solo duren veinticuatro horas cuando podrían durar toda la vida, es lo que se llama cronificar la enfermedad, en lugar de curarla, porque si la curan el negocio es menor.

—Tienes razón, Dolores, pero no es la razón lo que mueve el mundo, sino el negocio. Lo siento.

—¡Es nuestra obligación buscar y contar la verdad!

—Sí, eso es lo que aprendemos en la Facultad de Periodismo; la realidad es otra cosa.

Recuerdo palabra por palabra aquella conversación con Marcelo, buen amigo y colega, además de jefe. «Tengo una familia a la que dar de comer cada día», fue la explicación que me dio cuando le pedí que insistiera con la publicación de mi entrevista. Dos días después, tras el revuelo que armé en la redacción, la dirección del periódico decidió «prescindir de mis servicios». ¡Putos vendidos!

Quedarse en la calle es quedarse sin sueldo, con lo cual no se puede pagar el alquiler y acabas en la puta calle, ahora de verdad. Y más alguien como yo que vive al día porque, además, con los sueldos de mierda que han quedado después de esa estafa a la que bautizaron como crisis no hay posibilidad de ahorrar; claro que, en lo que a mí res-

pecta, si tuviera el sueldo del presidente del Banco de España me lo fundiría igual.

Esther me propuso vivir juntas en su apartamento y no tuve más remedio que aceptar, aunque aquello supusiera perder la independencia de la que ambas habíamos gozado. Al igual que Felipe, la inspectora Esther López me proporcionaba el sosiego que a mi naturaleza le falta. No solo era muy hermosa, es lo que a primera vista me prendó de ella, sino que desprendía una elegancia muy especial en el vestir, en comportarse, en cómo abordaba las situaciones complicadas tanto en su vida profesional como personal. Ahora, que cuando tocaba ser ruda, no tenía quién le hiciera sombra.

Un mes después de vivir con Esther volví a beber. Había sido un mes infructuoso en la búsqueda de trabajo. Decenas de curriculum presentados, llamadas de teléfono, visitas a conocidos y amigos, también a desconocidos, sin éxito alguno. Mi ánimo comenzó a decaer y las botellas de tequila vacías a volar y estrellarse contra las paredes y el suelo. Las discusiones comenzaron a subir de tono por mi parte. Esther me exigió que dejara de comportarme como una adolescente malcriada y enfrentara mi vida como la persona adulta que era. En respuesta, la mandé a la mierda y me marché de su casa. Para ir en busca de Felipe.

Y aquí estoy, con el tercer vaso de tequila en el cuerpo como desayuno, mirando la calle a través de la ventana mientras él todavía duerme. Por un instante siento el impulso de abrir el ventanal y salir al balcón, situarme al borde del abismo y flirtear con el vacío. En un instante todo po-

dría terminar. Pero incluso las veces que lo he intentado, algo me ha impedido llegar hasta el final. Salvo cuando quise acabar con todo dejando salir a través de los cortes de las muñecas toda la negrura que me entristecía. Fue Felipe quien puso remedio a tiempo. Quizá no deba ser ese mi destino.

—Un contraluz demasiado hermoso para ser real.

Oigo la voz dulce de Felipe, siempre tan galante, y giro la cabeza hacia él.

—Lástima que no pueda cambiar algo de esa hermosura exterior por la mierda que llevo dentro —digo, y vuelvo a mirar a través del ventanal.

Escucho cómo Felipe se levanta y camina hacia mí. Antes de que me abrace por detrás ya he sentido el escalofrío. Necesito su cuerpo desnudo apretándose contra el mío, sus abrazos, sus palabras, sentirlo muy cerca, y, en cambio, en unos días, quizá unas semanas, sé que lo volveré a abandonar, que volveré a hacerlo sufrir; pero ahora lo necesito.

—No deberías seguir haciéndote daño —me susurra al oído y coge con suavidad el vaso vacío que sostengo en la mano. Yo no opongo resistencia, en este momento no.

—¿Por qué sigues abriéndome la puerta de tu casa con todo lo que te hago sufrir?

Mi pregunta nace desde lo más hondo de mí, desde esa parte cabal que, aunque muy pequeña, al parecer todavía subsiste refugiada en los entresijos turbulentos de mi ser. Sé la respuesta, pero necesito oírla una vez más de sus labios.

—Ya lo sabes, Dolores, porque te quiero.

Felipe me abraza más fuerte con su respuesta y yo me estremezco. Me giro entre sus brazos para quedar cara a cara con él.

—Pues con todas los desaires que te he hecho deberías odiarme.

—Es verdad, pero no puedo. Te quiero demasiado.

Lo atraigo hacia mí y nos besamos como si no hubiese mañana.

—Ojalá algún día pueda yo querer así —musito cuando separamos los labios.

Felipe toma mi cara entre sus manos y me mira a los ojos; qué tiernos son los suyos, tan verdes, tan sinceros.

—Podrás cuando te enfrentes a tus demonios, cuando te explores y te aceptes, cuando reconstruyas tu historia personal y familiar.

—Eso ya lo hemos hablado, Felipe —digo con tono áspero al tiempo que me separo de él—. Yo no creo en esas majaderías sacacuartos para gente desesperada.

Felipe se recuesta sobre el cristal para buscar mis ojos.

—Solo te propongo que la escuches —me suplica—, es una psicóloga de renombre.

—No.

Mi negativa es tan tajante, tan seca, que Felipe se da de nuevo por vencido. La derrota le durará poco tiempo y volverá a intentarlo. Es persistente. Lo ha hecho durante esta semana cada vez que ha tenido ocasión. No sé si realmente cree en esa gilipollez de la herencia familiar o es que se agarra a cualquier clavo ardiendo con tal de ayudarme a superar mi frustración y mi angustia. En el fondo agradezco

su preocupación por mí, pero no soporto los discursos de autoayuda, conocimiento personal, espiritualidad y demás zarandajas. Soy como soy y ya está.

Asiente ligeramente y me da un beso cargado de ternura en el hombro.

—Date una buena ducha, Dolores —dice mientras me palmea suavemente el culo—, mientras voy preparando café y unas tostadas.

¿Qué me impide ser feliz al lado de un hombre bueno cómo él?, me pregunto camino del cuarto de baño.